

Angélica Mendoza y su trayectoria americana

Florencia Ferreira

Una trayectoria política intelectual

Maestra y luego profesora dedicada a sus alumnos, al gremio docente, a sus ideales revolucionarios juveniles y al estudio e investigación sociológica y antropológica en sus años de madurez, nuestra autora, Angélica Mendoza manifestó siempre una profunda y sincera preocupación por todo lo humano: por el hombre concreto y sus acuciantes problemas, por sus aspiraciones y por las injusticias que lo hieren. Tuvo, en efecto, una entrega apasionada al ideal del mejoramiento social en la Argentina en las primeras décadas del siglo XX hasta los años cincuenta, especialmente en la transformación de la condición de la mujer a través de la acción política y de la educación.

Su testimonio transcurre durante sus años de formación como maestra, las batallas sindicales en las cuales expresó sus ideales sociales y políticos, el traslado a Buenos Aires en donde descolló en defensa de los intereses de la mujer y comenzó su proyección americana, hasta el remanso final de su labor de escritora y catedrática en Estados Unidos, México y la Argentina. El período entre Guerras y los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial la tuvieron como protagonista y testigo de acontecimientos decisivos del mundo contemporáneo (Mendoza, 1996g).

Angélica Mendoza nació el 22 de noviembre de 1889 en Mendoza, ciudad en la que también murió el 5 de febrero de 1960. Participó activamente en las luchas gremiales junto con Florencia Fozzatti, en defensa de la educación provincial.

Por su militancia gremial y política fue encarcelada en el Asilo del Buen Pastor, en Buenos Aires, que funcionaba como cárcel de mujeres. Años después, escribió un libro con ese título, *Cárcel de Mujeres* (1933), donde volcó sus vivencias, hiladas con sutiles observaciones sociológicas y políticas sobre la situación de la mujer en los estratos más bajos de la sociedad.

Conoció a Rodolfo Ghioldi, quien la incorporó al Partido Comunista donde tuvo una importante participación. Dirigió el periódico *La Chispa* y entró con entusiasmo en la política nacional. Llegadas las elecciones presidenciales de 1928 fue candidata a la primera magistratura de la República por el Partido Comunista Obrero, convirtiéndose en la primera mujer en aspirar a ese cargo en la Argentina. Pero un año después, desilusionada de la política, renunció a esa actividad, como destaca en su escrito autobiográfico:

Es verdad, sin embargo, que por entonces mi fe absoluta en la ciencia y en el poder del hombre para resolver los problemas fundamentales de la humanidad, se estaba debilitando. Como joven que ha crecido entre guerras y revoluciones y que era tan ansiosa y curiosa como para investigar, en la vida real, la naturaleza y el alcance de la infelicidad humana, yo estaba bajo la tensión y la presión de una complicada experiencia del mundo. Aún así, proseguí mi línea original de pensamiento y comencé a escribir ensayos sobre temas filosóficos y sociales (Mendoza, 1996a, 39).

En efecto, en su “Autobiografía Intelectual” explica su alejamiento de la política para comenzar a estudiar filosofía y luego pedagogía en el Instituto de Ciencias de la Educación:

Cuando, en 1929, entré en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos, estaba yo buscando una guía para enfrentar los problemas de la vida y del mundo. La verdad era mi más alta ambición y la justicia, mi más profunda demanda. El primer año, cuando entré en contacto con la historia del pensamiento humano, me di cuenta de inmediato que mi vocación era el estudio y el conocimiento del desarrollo de la conducta

humana enderezada a una mejor comprensión del destino y de la condición del hombre (Ibid., 39).

Sin embargo, en 1932 concurrió como delegada al Congreso Anti-Imperialista en Amsterdam y viajó, además, por varios países europeos recabando información sobre educación y observando la situación política. También aprovechó su viaje para realizar cursos de humanidades en La Sorbona de París. Con igual propósito recorrió varias naciones americanas y continuó en Buenos Aires dictando cátedras, escribiendo monografías y ensayos sobre el pensamiento filosófico y pedagógico. En 1938 obtuvo su Licenciatura en Filosofía y Letras y la Editorial Claridad publicó su traducción de la *Filosofía del Derecho* de Hegel. Durante los dos años siguientes trabajó en una investigación sobre Historia de la Educación, con lo que culminó su trayectoria en la Universidad de Buenos Aires.

Escribió en la Revista *Claridad* donde su Director, Antonio Zamora le encargó traducciones de F. Hegel, R. Descartes, Malebranche y de L. Henry y más tarde, por su amistad con Victoria Ocampo, se aproximó a la Revista *Sur*, en la cual publicó “La experiencia de Huarizata” (Mendoza, 1996b, 185).

Como mencionáramos, Angélica Mendoza se interesó por la condición de la mujer, no sólo en la Argentina. Sin embargo, a principios del siglo XX sólo algunos partidos políticos y de ciertos países apoyaron las luchas de las mujeres por la obtención de la ciudadanía y derechos, pero pese a los discursos y programas, en la práctica no les dieron espacio, ni éstas presionaron suficientemente para obtenerlo. Las aceptaron como heroínas históricas, pero no como personas reales con formación técnica y criterio político suficiente para compartir las decisiones y el poder en el mundo de la política cotidiana.

En la izquierda, como se sabe, había existido una actividad femenina mucho más significativa que la que se había dado en los sectores políticos tradicionales. Figuras como las de Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo habían definido un espacio femenino que correspondía al de la revolución política. Sin ser una revolución feminista, había surgido un espacio político propio, dentro de la tradición de Marx y Engels, para quienes la situación de la mujer estaba relacionada con el problema de la propiedad privada (Mendoza, 1996d, 87).

El movimiento feminista argentino todavía no tenía una gran gravitación en el medio social, aunque contaba con personalidades relevantes que representaban un extenso abanico de objetivos y concepciones culturales y políticas, como Sonia y Fenia Chertkoff, Alicia Moreau de Justo, Julieta Lanteri, Gabriela Laferrière de Coni, Victoria Ocampo, Ana Rosa Schlieper de Martínez Guerrero y María Rosa Oliver. Todas ellas coincidían, en líneas generales, en luchar por los derechos específicos de la mujer y para ello enfrentaron prejuicios, incompreensión y aún el marginamiento de situaciones que merecían por su personalidad y aptitudes.

En esta corriente de acción en defensa de la mujer participó activamente Angélica Mendoza por medio de conferencias y acciones personales en la seguridad de que a través de la educación se conseguiría el reconocimiento de la capacidad intelectual de las mujeres.

Por su parte la Unión Panamericana había iniciado en esos años una campaña continental para el mejoramiento del estado social, político y legal de la mujer. Una oficina de la Comisión Interamericana de Mujeres fue abierta en Buenos Aires y Angélica Mendoza fue nombrada Secretaria Internacional (1940). En esta etapa la autora definió su cambio político en la línea del pensamiento liberal y democrático. Fue designada como la “mujer más sobresaliente de América Latina” por la General Federation of Women's Clubs. Así explicaba que

En 1940 me interesé mucho en las relaciones internacionales y particularmente en el problema de la comprensión y la amistad interamericana. Al mismo tiempo, estaba interesada en el tema de la situación de la mujer, en mi país y en el continente americano, porque estaba convencida que uno de los males de nuestra sociedad

latinoamericana era el de la condición subordinada de la mujer y su peso de desigualdad social (Mendoza, 1996a, 39).

Esta preocupación la prosiguió hasta el final de sus días, como lo prueban los artículos que escribió en periódicos, las conferencias y reuniones que organizaba para la sociedad mendocina y su labor en la Universidad Nacional de Cuyo a su vuelta de Estados Unidos.

Valor de la educación en América Latina

Sin embargo, la autora prefería que se asociara su trayectoria a la profunda vocación pedagógica que demostró desde su juventud. Esta actividad fue la que la llevó al estudio de la filosofía de John Dewey, pues para ella Dewey simbolizaba

el fruto más maduro de un momento de expansión y florecimiento del mundo. Sus palabras esperanzadas, tal vez lleguen tarde a Europa; pero, América aún puede aprender mucho de ellas porque su existencia histórica se desenvuelve todavía bajo el primado de la acción y ante la perspectiva de un futuro (Mendoza, 1996c, 68).

Creía que uno de los aportes más significativos del pensamiento de Dewey estaba en el énfasis puesto en el contenido vital de las reflexiones. La investigación o búsqueda filosófica, decía, era una actitud vital del hombre, quien había debido adoptarla para poder subsistir a lo largo de su experiencia natural e histórica. Esa actitud de investigar revelaba la ansiedad humana y el carácter problemático de la existencia y formaba un basamento permanente de investigación, el cual no se detenía sino cuando se producía una situación unificada de pensamiento y acción. El sentido profundo de la filosofía estaba en que era “una investigación de la investigación y sus resultados representan al mundo de lo verificable” (Mendoza, 1996d, 89).

Asimismo, destacaba que el caudal del pensamiento norteamericano había permitido la formación de una interpretación social ajena al marxismo y cuya dinámica de las situaciones humanas se originaba en un pluralismo cultural oportunista, que actuaba en función de los choques de los distintos grupos sociales que se movían en pos del control y del dominio del poder político. De ese modo esa poderosa masa de pensamiento había entretejido la vida y había fortalecido y enriquecido el estilo protestante de la existencia, en el cual la vida esforzada y la consecución del bienestar encontraron un campo fértil (Ibid., 86).

Afirmaba que la idea educativa de Dewey descansaba en la realidad de una sociedad democrática y en la participación de los miembros del grupo social en el desarrollo progresivo de su existencia. El sistema de formación y estructuración de un individuo, decía, estaba basado en la conexión vida-experiencia, lo cual significaba una dirección consciente y querida del fin educativo dentro de una filosofía de la experiencia, cuyos criterios de valor eran los principios de continuidad y de interacción.

Atraída por este acercamiento al estudio de la filosofía de Dewey y a causa de sus actividades interamericanas, se interesó vivamente por los Estados Unidos. A pesar de un conocimiento de su literatura y de su historia, mucho había que le era desconocido. Para profundizar estos conocimientos, le fue otorgada una beca para estudiar en la Universidad de Columbia (Nueva York), en la cual tuvo una destacada actuación, sobre todo en el núcleo de los estudios hispanoamericanos. Como lo explica en su Autobiografía,

Estoy pronta para cualquier programa a favor del buen entendimiento entre los dos mundos culturales que existen en el continente americano y de una mejor comprensión de sus instituciones y sistema de valores. Al mismo tiempo, pienso que para conservar mi enseñanza viva y con significación debo estar en estrecho contacto con cualquier nueva

corriente en el pensamiento humano que pueda mejorar a la mayoría en un mundo perturbado” (Mendoza, 1996a, 42).

Allí rindió su tesis doctoral, *Fuentes del pensamiento norteamericano*, primera tesis escrita en español que se aceptaba en el Departamento de Filosofía de esa Universidad, la cual fue aprobada por unanimidad por el jurado.

Enseñó en diversas Universidades y Colleges de Nueva York y alrededores, tales como Sarah Lawrence y Brooklyn, y trabajó con Nelson Rockefeller. En los años siguientes concentró su actividad docente en las cátedras de Antropología Cultural y de Historia de la Cultura, lo que le permitió profundizar en la rica tradición académica iniciada por Franz Boas. Durante un año interrumpió la docencia para dedicarse a trabajos de desarrollo comunitario y educación fundamental por cuenta de las Naciones Unidas. Con ese fin viajó a México, donde formó parte de un Proyecto de Educación Fundamental destinado a poblaciones indígenas, donde puso a prueba los conceptos manejados a nivel académico en sus cátedras.

Luego de esas experiencias comunitarias, volvió a la docencia en Estados Unidos donde tuvo una intensa actividad intelectual y periodística. Para captar el significado de la civilización americana y de su sistema de valores, propuso hacer un examen del pensamiento americano y de su trasfondo social e histórico, el cual volcó en su trabajo *Panorama de las Ideas contemporáneas en los Estados Unidos*, editado en 1957 por el Fondo de Cultura Económica:

Y otra vez, nuevamente, los problemas que me fascinaron fueron los relativos a la prosecución de los más altos objetivos que llenan la vida de significación. Un profundo deseo de un conocimiento más adecuado del proceso histórico y social de los Estados Unidos, me impulsó a solicitar una prolongación de mi estadía en el aquel país (Ibid, 40).

Propuestas político-educativas

Angélica Mendoza consideraba que los objetivos de la Educación Fundamental para América Latina se organizaban de acuerdo a una filosofía social y política, la cual tendía a formar ciudadanos responsables que se integraran con la vida de la comunidad (Mendoza, 1996e, 269).

Nuestra América, decía, utilizando la expresión de José Martí, carecía de una tradición que tendiera a afirmar la justicia sobre bases de equidad. En efecto, la experiencia histórica mostraba el predominio de una justicia subjetiva y vindicativa. Afirmaba que “hecha la ley, hecha la trampa”, expresión que apuntaba a una existencia social basada en la injusticia pero que a la vez descubría un escepticismo y una falta de sentido ético. Años de cohecho y disimulo entre las sentencias de las Leyes de Indias y su aplicación, habían sido completados y ahondados por un siglo y medio de constituciones abstractas que nunca se gestaron en la realidad social y humana de América Latina. Dichas constituciones, siguiendo a Simón Bolívar, no se habían concebido para regir al hombre hispanoamericano, por eso no había calado en el conocimiento de la pulpa viva de nuestras comunidades agrarias e indígenas (Ibid., 270).

La autora se planteaba si América Latina tenía conciencia de sí misma y de su destino, pues estimaba que nuestra América había vivido de prestado tanto en ideologías como en imágenes, por eso América Latina aún no se pertenecía. Decía que a través de cuatro siglos el hombre americano:

... oyó restañar el látigo del encomendero, la voz untuosa del fraile y el recitar engolado del oidor. Un siglo y medio de liberación le hizo escuchar el grito de guerra de caudillos junto a los ecos del pensamiento iluminista, del romanticismo político y de la praxis positivista. Pero ¿se oyó la voz del hombre nativo aherrojado primero en los “obrajes” y la

“mita” de la colonia y, más tarde, en la condición servil del “pongaje”? América no ha cavado hondo en su pasado arcaico y su cultura tiene las raíces en el aire (Ibid., 271).

Angélica Mendoza se consideraba deudora de las ideas de su amigo Francisco Romero. Creía que las enseñanzas de Romero abrían perspectivas nuevas que permitían analizar el estar en el mundo y con los otros. Recordaba que un día le preguntó sobre cuál era el sistema que proponía para reemplazar la limitación del mecanicismo. “Su respuesta sorprendida fue socrática: ‘Ninguno... La filosofía es un quehacer y meditar de cada uno...’. Desde entonces –explicaba- he vivido con la inquietud a cuestas cavando hondo en mi pensamiento y en mi experiencia” (Mendoza, 1996f, 103).

En su momento, la autora veía la realidad de las naciones americanas desde el Río Grande al Cabo de Hornos como un ámbito de dictaduras, gobiernos militares y con una masa subordinada que sufría persecuciones o bien permanecía estática o satisfecha con el orden de cosas. Afirmaba que esas dictaduras y apatía ciudadanas desenmascaraban la existencia ficticia de las democracias y disimulaban la condición socio-educativa de las masas, cuyos derechos políticos casi nunca habían sido gozados en libertad. De ahí la ausencia del ejercicio de la voluntad popular y el desarrollo de la demagogia como método de gobierno para mantener a la población bajo el señuelo de mejoras económicas y sociales, que para ser realizadas exigían el control permanente y regular de las opiniones y la entrega a la voluntad del grupo que manejaba el país.

Explicaba que dicha demagogia no permitía configurar una conciencia de pueblo, pues éste era manejado y mantenido en minoría de edad cívica. Esa situación de incapacidad ética se agravaba al elaborar y difundir desde arriba ideologías que sustituían a un verdadero pensamiento político, y cuyos materiales habían sido tomados de ciertas corrientes que surgieron en Europa en vísperas de la desagregación final. A pesar de que dichos fenómenos se desarrollaban dentro del ámbito vivo de la nación, ésta no era tenida en cuenta como organismo vivo y consciente.

Un hecho de enorme importancia social, como era la concesión del voto a la mujer, sin que ella hubiera convivido con la práctica de la democracia ni con el real ejercicio de la ciudadanía de parte de los hombres, encontraba que tenía notas sombrías para el porvenir de América, si bien a la larga, “los factores imponderables que desatan las luchas sociales pueden convertir a la contribución de la mujer –aunque sea emocional- en un hecho positivo” (Mendoza, 1996e, 269).

Por eso creía que la exigencia de una libertad real como requisito previo para el progreso político de América Latina estaba planteada desde las luchas por la Independencia, pero sólo en los últimos cincuenta años había sido reclamada y reconocida. Desde luego la Revolución mexicana era el hecho más importante cuya dinámica había sacudido a América Latina a fin de asegurar los beneficios de la libertad.

Estimaba que la lucha por la libertad de pensamiento todavía se desenvolvía en un plano individual, en tanto que el pueblo permanecía ajeno cuando se trataba de decidirse entre un gobierno de fuerza y la existencia de una prensa libre. Es decir, esa larga tradición de dictaduras y apatía ciudadanas que se observaban en América Latina, según la autora desenmascaraba la existencia ficticia de las democracias y disimulaba la baja condición educativa y social del pueblo, cuyos derechos políticos casi nunca habían sido gozados en libertad. De ahí la ausencia del ejercicio de la voluntad popular y el desarrollo de la demagogia como método de gobierno para mantener a la población bajo el señuelo de mejoras económicas y sociales. El falseamiento de la ley, su mal uso por los de arriba y la impotencia de los de abajo para reforzar su validez escrita en la realidad, había creado esa historia sangrienta de guerras civiles, revoluciones y asonadas que formaban nuestro patrimonio político.

Sin embargo, estimaba que en los últimos decenios –y como una proyección a la distancia de las guerras y revoluciones del presente siglo– los problemas de la justicia social se habían hecho presentes en América Latina y el requerimiento era racionalizarlos y darles vigencia histórica. Por otra parte, como las demagogias no poseían el sentido económico apropiado eran incapaces de lograr la posterior reconstrucción con una forma nueva y más justa de convivencia.

Palabras finales

En 1955, cuando cayó el gobierno de Juan Domingo Perón, regresó a la Argentina y se estableció en Mendoza, donde enseñó Filosofía, Sociología y Antropología Filosófica en las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociales, ambas de la Universidad Nacional de Cuyo. Recordaba en la mencionada “Autobiografía” que la antropología fue su último interés, especialmente la antropología cultural (Mendoza, 1996a, 41). Estaba ya en el final de su vida. Murió, como dijimos, en su tierra siendo profesora universitaria, el 5 de febrero de 1960.

Angélica Mendoza dejó el ejemplo de su vida en tiempos conflictivos y dramáticos donde se impuso sin más armas que las de su inteligencia y sin otra ayuda que su saber y su autenticidad. Su actuación en la Universidad de Cuyo fue breve, pero fervorosa, intensa, polémica, renovadora, fructífera. Perteneció a esa clase de profesores que mantienen la autenticidad y espontaneidad de pensamiento del verdadero filósofo. Por eso su filosofar tiene sabor a vida plena, colmada de requerimientos éticos.

Concebía el conocimiento como actividad eminentemente práctica y no como contemplación; identificaba la inteligencia como una fuerza activa destinada a transformar el mundo, por eso el valor de las ideas estaba en función de su adecuación a las situaciones problemáticas. Creía que la tarea de la filosofía y de la ética consistía en promover una continuada revisión crítica con el objeto de conservar y enriquecer los valores de derecho. Es decir, para ella la ética tenía un trasfondo histórico y social.

Con respecto a los hechos, señalaba que estos no son puros datos, que no existen datos en sí sino en relación con una idea o un plan operativo que se formulara en términos simbólicos, desde los del lenguaje a aquellos más precisos y específicos propios de la matemática, la física o la química. En definitiva, opinaba -muy cercana al pensamiento de Dewey y al empirismo- que tanto las ideas como los hechos son de naturaleza operacional, por eso las ideas son instrumentos que pueden ser eficaces, relevantes o perjudiciales, pero no verdaderos o falsos.

Sus reflexiones desde los Estados Unidos muestran que se oponía a una sociedad totalitaria y se inclinaba por una sociedad democrática. Presuponer un fin último, decía, es algo que trunca el debate, mientras que la democracia es en sí un debate libre. En efecto, se trataba de un método que permitía discutir todas las finalidades. Por eso la fe en la democracia como método era una forma de vida en la cual las fuerzas de iniciativa y de crítica del individuo no sólo son toleradas sino también estimuladas.

Vinculada con estas ideas se halla su teoría de la educación, entendida como continuada reconstrucción de los vínculos existentes entre las actividades presentes, pasadas y futuras y capaces de aumentar en los individuos su posibilidad de dirigir el curso de la experiencia ulterior. Por ese motivo, los objetivos de la educación se organizan de acuerdo a una filosofía social y política, la cual tiende a formar ciudadanos responsables que se integren a la comunidad.

Creía, por último, que la sociedad latinoamericana no podría realizar la empresa educativa que ella proponía si desestimaba los requerimientos que ésta plantea, porque todo proyecto de educación necesita en nuestros países evaluar primero la realidad presente para hacerse cargo de la estructuración del destino de América Latina (Mendoza, 1996e, 269).

Bibliografía

Mendoza, Angélica. (1933). *Cárcel de Mujeres*, Buenos Aires, Claridad.

------. (1996a) [1954]. “Autobiografía Intelectual”, en Ferreira de Cassone, Florencia. *Angélica Mendoza. Una vida en la Tormenta*. Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo.

------. (1996b) [1940]. “La experiencia de Huarizata”, en Ferreira de Cassone, Florencia. *Angélica Mendoza. Una vida en la Tormenta*. Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo.

------. (1996c) [1940]. “Líneas fundamentales de la filosofía de John Dewey”, en en Ferreira de Cassone, Florencia. *Angélica Mendoza. Una vida en la Tormenta*. Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo.

------. (1996d) [1962]. “John Dewey a los 100 años de su nacimiento (1859-1959)”, en en Ferreira de Cassone, Florencia. *Angélica Mendoza. Una vida en la Tormenta*. Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo.

------. (1996e). “Epítome”, en Ferreira de Cassone, Florencia. *Angélica Mendoza. Una vida en la Tormenta*. Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo.

------. (1996f) [1951]. “Notas sobre la filosofía de Francisco Romero”, en Ferreira de Cassone, Florencia. *Angélica Mendoza. Una vida en la Tormenta*. Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo.

------. (1996g) [1936]. “Tres valores revolucionarios”, en Ferreira de Cassone, Florencia. *Angélica Mendoza. Una vida en la Tormenta*. Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo.

Selección de textos

